

El Cuento Semanal



"TRINI, LA PEINADORA"
por DIEGO MARTÍN DEL CAMPO

Ilustraciones de Robledano

30 céntimos

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

AÑO V.-29 de Septiembre de 1911.-NUM. 248

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios a precios convencionales.

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

Número suelto: 80 céntimos.

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dientífico y el más
económico



Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Cajas de pastillas
comprimidas de bi-
carbonato de sosa a
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, a 5 pesetas
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.
MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista a su poder. Recházese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.º

LEASE BIEN EL PROSPECTO

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

LA BUENA FAMA

por PEDRO DE RÉPIDE

TRINI, LA PEINADORA

Á mi buen amigo Rafael
Reynot y Garrigó, en prueba
de sincero agradecimiento.

I

Las calles, solitarias y oscuras, empezaban á iluminarse con las primeras claridades del día, cuando *la Faroles* y *el Rizos* salieron del café de la Marina, donde la primera lucía sus facultades de «cantaora».

Con ellos salían del establecimiento otros artistas y algunos parroquianos del café, que aquella noche fueron los paganos de la juerga.

Detuviéronse en la puerta breves instantes. El tranquilo silencio del amanecer se vió interrumpido un momento por las risas de las mujeres y las voces de los galanes, y cuando se hubieron despedido del año, que les abría la puerta, cada uno marchó por su camino. Tornó á cerrarse la puerta del café y en la calle volvió á reinar el silencio que antes turbaran las risas femeniles.

La Faroles, *el Rizos*, *la Chico* y Julito Peña, marcharon por la calle de Jardines—donde estaba el café—hacia la de la Montera. Iban formando dos parejas, una delante y detrás la otra, en animada conversación que hacía más alegre el alcohol que habían ingerido aquella noche.

Julito Peña, un adinerado de los que la gente llama «señoritos chulos», muy dado al vino, á las juergas y tratar con la «gente del bronce», caminaba del brazo de *la Chico* que era por entonces su cortejo.

Diríase al verle, á no ser por el desembarazo elegante de sus ademanes achulapados, que era un menestral en día de fiesta. Un sombrero de fieltro blanco caído sobre la oreja, traje gris de americana entallada, pantalón muy ajustado y botas de charol con cañas de paño, componían el indumento de Julito. Andaba con acompasado confoneo, y sus modales eran destemplados como correspondía á tipo de tan chulesco empaque. En su rostro, totalmente afeitado, se retrataba la

amabilidad propia del que ha vivido mucho y la perversidad del hombre avezado á tratar con mujeres fáciles y gente del hampa.

La Faroles era el tipo clásico de la andaluza. Alta, esbelta, con abultados senos y amplias caderas, que se movían rítmicamente al paso firme y sonoro de su dueña. Lucía el atavío peculiar de las mujeres de su oficio. Falda de percal rameada que runruneaba endurecida por el almidón; pañuelo negro con dibujos encarnados á la cabeza, y aprisionaba su cuerpo con un mantón de los llamados de fleco. En el paréntesis abierto por el pañuelo de la cabeza, surgía el rostro moreno, conservando todavía las huellas del sol meridional. Los ojos negros, rasgados, de perversos mirares, brillaban con fulgores de lujuria, y triunfando de la morenidad cetrina del rostro, la boca bermeja de labios reidores.

De americana exageradamente entallada, pantalón derecho, vuelto por abajo, sombrero ancho y cuello bajo, vestía *el Rizos*. Flotaba en su rostro esa vaga melancolía que se advierte en los que han vivido y han gozado muy de prisa. Y así, junto á sus ojos vivos y barrenadores, de pícaro, y en los extremos de su boca de vicioso, en prematuras arrugas, habían dejado las noches de orgía huella indeleble de su paso. Como todos los que pertenecen á la distinguida clase de *chulos*, se dedicaba al arte magnífico de no hacer nada y vivía de explotar su físico con las mujeres y la gracia de su lenguaje exótico con los tipos como Julito.

Del brazo de *la Faroles* iba *el Rizos*, en aquel amanecer de verano, después de la fastuosa orgía que, organizada por él, hubo aquella noche en uno de los reservados del café, y de cuyo coste estaba Julito bien informado.

Cuando anduvieron algunos pasos y la brisa mañanera disipó un poco la niebla que en sus

sentidos había t jido el vino, *la Faroles* habló al *Rizos* con voz suave y cariciosa, de mujer que suplica.

—Jesús... ¿vas á quedarte ahora en casa?

Un poco perplejo debió dejar al galán la pregunta, puesto que, como tomándose tiempo para pensarlo, quitóse el sombrero, acariciando el rizado tupé antes de contestar.

—No, chica; es tarde y quiero descansar.

—Ya sabes que allí puedes dormir hasta que te canses... Anda, ven—suplicó todavía *la Faroles*.

—Te he dicho que no... no seas cansina.

Súbitamente, Carmen, de suplicante, se tornó iracunda, y mordiéndose los labios, silbó despechada.

—Claro, si yo sé por qué no vienes; si me estás engañando como á una china. ¿Tú te crees que yo me tengo tragao que tú has roto con la Trini?... Sé que no, que sigues con ella y que á donde vas ahora es á su casa.

—Palabra, que no te creí tan *panoli*... Si sabes que tengo que ir allí, ¿por qué preguntas?

—Ves cómo es verdá, cómo tú mismo lo confiesas. ¿Entonces, ¿á qué dices que me quies tanto?... Si me *tuvieras ley*, la dejarías.

—Una cosa es que yo te quiera y otra que sea un desagrado. Yo no puedo olvidar los favores que me debió la Trini.

—Pues, ó la dejas á ella ó no vuelvas más.

—Pero, venite á razones... ¿No ves, *atontá*, que esa mujer ha sido la que m'ha retirao de los pianos?... ¿Quies tú que ahora que me lleva ni más méhos que hecho un duque, haga así y la deje con treinta y una de mano?

—Pues la dejas.

—Pero, reina, no seas zoquete. Si no me da ningún motivo. En cuanto que me haga tanto así—y señaló la uña de un dedo—la dejo, pero que á la carretera.

—Conque, ¿qué me da motivos?... Bien claro te dijo *el Paperas*, delante de mí, que l'había visto el otro día con el que tenía antes.

—Chica, tú estás en palotes. Primero, que si iban en coche y los vió *el Paperas*, no podían ir haciéndolo ná malo... Se citarian... p'hablar de sus ebrias. Y segundo, que, pa desagraviarme porque yo la di el broncazo, m'ha mandao tomar medida de un terho que quita así como el conocimiento, ¿tú te enteras?... Además, que de que yo me gaste dos duros contigo á que me los tengas que dar, hay diferencia, so prima.

—Sinvergüenza... No, si la culpa no la ties tú, la tengo yo, por hacer caso á un cualquier cosa como tú.

—No t'apures, reina, que la semana que viene va á venir el Kaiser á hacerte el amor... Pues no presumes na, criatura.

—Porque puedo presumir... Lo que tú eres es un chulo...

—Carmen...

—Sí, un chulo indecente.

—Por experiencia sabes que, cuando me se es-

cita el sistema nervioso, no sé hablar como no sea *acionando*... Conque procura no *escitármelo*.

—Sí, eres un sinvergüenza, un chulo... Pégame, anda; pégame si te atreves.

Este diálogo lo sostuvieron en voz baja, pero no tanto que no pudieran oírlo *la Chico* y Julito, que, prevenidos ya, sujetaron á Jesús en el momento que levantaba la mano para pegar á Carmen.

—¿Qué vas á hacer, *Rizos*?—preguntó Julito con tartamudez de embriagado—. Cualquiera que te vea creería que eres primerizo. Vas á pegarla aquí en la calle, de día ya, pa que t'acabe de amener en la *comi*... Eso s'hace en casa.

—No seas *asin*, Jesús—murmuró *la Chico* suplicante, como quien ve su propia desgracia en la desgracia ajena.

—Bueno, y después de tóo, ¿qué?—dijo Carmen revolviéndose altiva—. Si me pega, será por que tié derecho. Allá cuidaos.

—Pues hija, que aproveche—concluyó irónico Julito.

Habían llegado á la calle de la Montera y allí se detuvieron. Era de día. El cielo, de un azul purísimo, tenía esa claridad tranquila del amanecer, sin la escandalosa algarabía del sol, y el venticillo fresco del Guadarrama, atenuado por la distancia, traía húmedos aromas de tormenta.

Julito y sus amigos quedaron un rato deliberando. Quién proponía ir al Retiro á dar un paseo en lancha; el otro, que fueran á una churrería vecina á tomar unas copas. Y entretanto, los trasnochadores en cuyas caras desencajadas se retrataba el cansancio de la noche de orgía, eran blanco á las miradas de indignación ó de envidia que les lanzaban los obreros que, adormecido el semblante y tardo el caminar, iban en busca de la tarea diaria y agobiante.

Decidieron no ir á ninguna parte. Las acompañarian á su casa—en la calle de la Abada—y luego á recogerse ellos.

Tomaron á emprender la marcha. Ahora eran Julito y *la Chico* los que platicaban, y el galán lo hacía con ese bien fingido apasionamiento peculiar en los conquistadores de oficio.

—¿Que te quiero, negral! M'has hecho perder el equilibrio.

—Sí, bueno está usté Don Julio, p'hacerle caso.

—¿Por qué no, pues, hacer caso? ¿Por que estoy algo *d'acá*?—interrogó Julito haciendo ademán de beber con la mano derecha—. Pues la gente dice que «los borrachos y los niños dicen las verdades».

—No, si no es por eso; sino porque usté á toas dice lo mismo. Igual á mí que á la Lola y á la Patro y á...

—No sigas que vas á recitarme el santoral—atajó sonriente Julito.

—¿Qué barbaridad! Presuma usté algo, hijo... «Julito, el *irresistible*, ó el arte de hacer conquistas», novela por entregas.



Ayuntamiento de Madrid

—Ja, ja, ja. ¡Qué gracia! Has estao pero que sembrada.

—Sembrada, pero de secano... No hay quien me riegue.

—Don Julio—dijo *el Rizos* sin pararse y volviendo la cabeza—, l'adviento á usté que el gachó que l'hablaba antes á *la Chico* la gasta con un letrero en la hoja que dice: «Pa valiente, mi dueño».

—Pero que ni ocuparse d'eso—respondió algo ariscada *la Chico*—. Yo hago lo que me da la gana, y ese se guardará muy bien de meterse en la once varas de la camisa... ¿Estamos?

—Y que á mi lao—añadió Julito—va más segura que con la benemérita.

—Oiga usté, Don Julio, ¿y quién es esa señora?—interrogó curiosa *la Chico*.

—Los *picos*, niña—respondió *el Rizos*, soltando una carcajada.

Todos se dieron á reir la graciosa ignorancia de *la Chico*. Hasta Carmen, que desde la riña con Jesús había permanecido seria, sin terciar en la conversación, soltó la risa, descubriendo entre la herida sangrante de sus labios la nieve de unos dientes pequeños, iguales, apretados.

Llegaban á la calle de la Abada, y á la izquierda, cerca de la plaza del Carmen, se detuvieron ante una casa pequeña, cuya fachada sucia y maltrecha, denotaba largos años de descuido. La puerta, de una sola hoja, abierta ya, dejaba ver el zaguán, largo y estrecho, con sus paredes húmedas y despintadas. De la casa, emergía ese olor mezcla de suciedad y perfumes baratos peculiar de las mancebías.

Luego de citarse para la noche en el café, *la Chico* y Julito se despidieron cariñosamente. *El Rizos* tendió su mano á Carmen, y ésta, después de recorrerle de los pies á la cabeza con una mirada de desprecio, le escupió un «adiós» apenas perceptible, y volviéndole la espalda, con altivez de hembra ofendida, se perdió en la obscuridad maloliente del zaguán.

Los dos amigos quedaron ante la puerta unos instantes, un tanto perplejo Jesús, que, confiando en su seducción, no esperaba tal vez la actitud agresiva de Carmen. Julito tomó del brazo á su amigo y tornaron á desandar lo andado.

Pasado que fué un rato y por distraer á Jesús, que caminaba pensativo, Julio entabló conversación.

—Me parece que la cosa no es p'amilanarse... A Carmen la pasará el enfado.

—No sea usté cándido, Don Julio—murmuró malhumorado *el Rizos*—, demasiao sé yo que la pasará pronto. A mí lo que me preocupa no es el enfado de Carmen.

—Entonces... ¿qué es lo que te tié tan pensativo?

—Lo que me tié así, Don Julio, es que me metió en un *fregao* que no sé cómo voy á salir dél. Que la Trini se sospecha que yo tengo algún lío; que el mejor día lo averigua, y aunque

es mu prudente, hay la de Dios es Cristo en el café.

—Pero, ¿tú quiés á Carmen?

—Yo qué he de querer... me gusta. Pero estoy á la que más me conviene, que es la Trini.

—Entonces, ¿por qué te liaste con ésta?

—Tonterías que hacemos los hombres... Cuestión de amor propio entre unos amigos del *Bisté*, con quien ella hablaba, y yo. Que tú no la conquistas... que sí... que no... que va una cena pa tóos... que va, yo que la trabajo, que, como era de esperar, la atortolo... y ya me tié usté *atao* de pies y manos por una tontería.

—Pues, déjala.

—Pero, ¿y cómo? La Carmen s'ha «colao» conmigo, y el día que no venga á verla me va á buscar á casa y la Trini s'entera y me pone en la del rey.

—Sí que le doy al más pintao tu situación, gachó.

Habían llegado á la calle del Clavel y se detuvieron ante el número 8. En el portal amplio, con piso de mármol y cancela de cristales esmerilados, la portera se enfrascaba en la tarea de la limpieza. Los balcones, que recortaban sus barandales rojos en el ocre de la fachada, estaban cerrados todavía. Un cierre de cristales que cubría dos balcones del piso primero, convertido en escaparate, dejaba ver, á través de sus vidrieras, peñecillos y adornos de cabeza. Sobre una columna forrada de terciopelo, una muñeca, con su inmovilidad hierática, lanzaba á los transeuntes la inexpresiva mirada de sus ojos de cristal y la sarcástica sonrisa de sus labios de cera. En aquella parte del primer piso, la fachada estaba cubierta por bastidores de lienzo azul, con letras blancas, donde se encaecía lo inmejorable de los servicios de la casa. Y sobre los balcones, un rótulo rezaba: «Gran salón de peinar señoras.»

Julito tendió la mano al *Rizos*.

—Que descanses y no te preocupes... ¿Irás á la noche?

—Iré—respondió Jesús, luego de pensarlo un momento—. Adiós.

Julito se alejó calle adelante. *El Rizos* se internó en el portal, y preocupado, sin dar los buenos días á la portera, comenzó á ascender con paso tedioso los escalones que le separaban del piso primero donde vivía Trini. Fuera, en la calle, se oía la voz cansada y doliente de una verdulera, que pregonaba su mercancía.

II

Era el «Salón de la Trini» una estancia cuadrada, bastante amplia, con dos balcones. En las paredes, cubiertas de papel verde manzana con flores color rosa, surgía de trecho en trecho el reflejo diáfano y sereno de la luna de un espejo, adosado á una mesita de madera, sobre cuyas patas, frágilmente torneadas, sustentába-

se una piedra de mármol. Sobre cada una de ellas, confundíanse, en deliciosa variedad, peines, tenacillas, polveras y frascos de perfumes. Al fondo, por una puerta doselada con colgaduras de damasco amarillo, veíase el gabinete, y dentro, en la luna del armario, se retrataba la cama con las ropas revueltas.

Sentada en una mecedora, junto á uno de los

mente de su postración, se puso en pie y salió á abrir la puerta. A poco, Trini, seguida del Rízos, entraba otra vez en el «salón».

—Enciende una cerilla, rico, que no se ve— dijo Trini, poniendo en sus palabras la ironía y la rabia de sus celos.

El Rízos hizo como que no oía, y parado ante un velador que había en el centro de la estan-



balcones, estaba Trini con los vestidos en violento desorden y los cabellos despeinados, que caían en cascada de oro, sobre el rojo sangre de la blusa de seda. La intensa palidez de sus mejillas y el círculo morado de las ojeras, bajo las pestañas sedosas y largas, acusaban la in tranquilidad de una noche de insomnio, pasada en angustiosa espera. De vez en vez, su cuerpo frágil y sinuoso se agitaba con sacudidas nerviosas.

Toda la noche la había pasado esperando á Jesús, acostándose y levantándose á cada instante, sin poder dormir. Al fin, rendida por la mala noche y el cansancio moral de los celos, quedó traspuesta en la mecedora. Sonó un violento campanillazo, y Trini, sacudiéndose violenta-

cia, empezó á hojear unos periódicos. Trini, de pie, á pocos pasos de él, le contempló un momento en silencio, dejando escapar por los ojos toda su indignación de desechada.

—¿Se pué saber de dónde vienes á estas horas, encanto?

Jesús siguió sin contestar, y Trini continuó cada vez más furiosa:

—Qué, ¿no contestas?

—Cuando no contesto... es que no se pué saber—repuso Jesús secamente.

—¡Pero qué sinvergonzón estás hecho! ¿A ti te parece bonito venir toos los días á estas horas? ¿Pero tú qué t'has llegaó á figurar, vamos á ver?... ¡Que yo soy una esclava tuya que no tié otra cosa que hacer más que estar esperan-

do á que tú te aburras por ahí pa venir á dormirte entonces? Ca, hijo... que te devuelvan el dinero, porque t'han engañao—y exasperada por el mutismo insultante y despectivo de Jesús, prosiguió levantando la voz á medida que avanzaba—. Eso es, yo aquí hecha una negra, matá á trabajar, y tú por ahí pintándola... Y hoy un traje y mañana unas botas y pasao un sombrero... Ca, hombre, ca; dende hoy te va á *jardar* la Cibeles... ¡Pues no faltaba más!...

—Trini, Trini—murmuró Jesús—, que se me va acabando la paciencia.

—A quien se l'acaba es á mí. Ya estoy harta de tener un hombre á mi lao y no enterarme de que lo tengo... más que pa que me cueste el dinero. Ahora, que esto s'acabao, porque ahora mismo te vas á la calle.

—Donde voy yo ahora mismo es á la cama—respondió *el Rizos*, avanzando hacia la puerta del gabinete.

Ella se le puso delante en actitud retadora, y gritó, cerrándole el paso:

—He dicho que te vayas, que no quieo verte.

—Vamos, Trini, no seas tonta, que no tengo ganas de fiestas.

Jesús intentó otra vez avanzar, y ella trató de impedirlo sujetándole por las solapas de la americana. Así permanecieron forcejeando unos minutos, hasta que Jesús, asiéndola fuertemente por las muñecas, logró que le soltara, y, lanzándola con fuerza sobre el suelo entarimado, marchó con aire de triunfador hasta la alcoba.

Trini quedó tendida en el suelo llorando. Poco á poco fué serenándose, y cuando el llanto había desaparecido de sus ojos, sintió dentro de ella algo que se rebelaba contra la preterición de que era objeto por parte del *Rizos*, y con esa vanidad que las hembras de vicio ponen en «su hombre», deseos invencibles de retenerle á su lado y temor de que la dejara y aparecer derrotada ante los ojos de otra.

Se puso en pie. Arregló ante un espejo el desorden de sus vestidos y sus cabellos, que aumentara con la caída, y amorosa como nunca, fué á la alcoba.

—Jesús—murmuró débilmente.

—¿Qué quies, mujer?—dijo Jesús, invadido ya por el sopor que precede al sueño.

—¿Se te pasó el enfado?

—Sí, mujer; pero déjame, tengo sueño.

—Oye, quiero pedirte perdón. Quiero que sepas que sólo por ti y pa ti vivo. Yo te daré... loo lo que quieras, seré una esclava tuya... Pero ¡por Dios! Jesús, no m'hagas de menos con ninguna. Que yo no tenga que saber que mi hombre, el que yo quieo pa mí sola, hay otra mujer que me lo roba, porque entonces... mucho te quiero, Jesús, pero no sé lo que sería capaz d'hacer... no respondo de mí.

En el perfumado silencio de la habitación, resonó áspero un ronquido. Jesús, cansado por los excesos de la noche anterior, dormía profundamente...

Un silencio absoluto reinaba en el salón de peinar de la Trini. Después de la riña con *el Rizos*, ella se decidió á compartir el lecho con el «dueño de sus encantos», y desde el salón, en la alcoba, cortinones adentro, se oía el jadear de las respiraciones de ambos poseídos por el sueño.

Fuera, en el taller, el sol cálido de la mañana veraniega, penetrando á través de los cristales, bordaba en el suelo y en las lunas de los espejos los caprichosos dibujos de los visillos de encaje inglés. De un lado á otro, haciendo tintinear sobre el mármol de las mesas el hierro de las tenazas y el cristal de los frascos, la criada iba y venía, dando los últimos toques á la limpieza.

Tenía la criada el tipo clásico de las que á diario nos franquean la entrada en los hostales del amor, que deben pertenecer á una generación descendiente en línea directa de la histórica Doña Trotaconventos, y como ella, sabias componedoras de doncelleces y zurcidoras de voluntades.

El cuerpo de la vieja curvábale hacia el suelo, acaso por el peso de los años ó más bien agobiado por las malas acciones que en su vida cometiera. Sobre la piel del rostro, rugosa y cetrina, brillaban los ojillos azules, diciendo, aunque un poco apagados, saber de todas las picardías y todos los vicios. Los cabellos, grises é hirsutos, rebosando del burdo pañuelo de lana con que envolvía su cabeza, pegábanse á las mejillas lacias, de pómulos salientes. De la boca desdentada, entre los labios arrugados y marchitos, surgía, asquerosamente humedecido hasta más de la mitad, un cigarro que despedía insoportable olor á colillas. Y las manos sarmentosas iban de un lado á otro, limpiando los tocadores y alineando los cacharros.

Vibró la campanilla en un fuerte tirar de su cordón; rastreando sobre los ladrillos la suela silenciosa de sus alpargatas, franqueó la martornes la entrada, y dos chiquillas alocadas, suelto al aire el collar alegre de la risa, entraron en la estancia.

Eran las oficiales de la Trini. Y en lo menudo y sinuoso de sus cuerpos, y en lo diminuto de sus pies, empinados sobre el tacón Luis XV de los zapatos, y en las picardías de su mirar y de su reír, y en el donaire de sus decires, bien á las claras pregonaban ser hijas del Avapiés ó de Curtidores; de cualquiera de esos dos barrios en que la chulería y la majeza tienen asentados sus reales. La más alta, rubia y esbelta, llamábase de nombre Luisa, y por el de Dolores respondía la otra, chiquitilla, morena y revoltosa.

La vieja, al ver que el reír de aquellas locas ponía en peligro el sueño de su ama, trató de imponer silencio.

—¡Chits; callarse, chiquillas, que vais á despertar á la Trini!



—Calle usted, señá Tomasa—contestó Dolores—; si es que ésta tié la gracia por arrobos. Tóo el camino me trae tronzá de risa. Se la ocurre ca cosa, capaz d'hacer de reir á la estatua del rey Chindasvinto.

—*Esagerailla*—respondió Luisa, plegando en un mohín burlón, la rosa fresca y sangrante de sus labios.

—Figúrese usted, señá Tomasa, que al venir nosotras p'acá, ya mu cerca, se nos planta en medio de la acera un pollito y la dice á ésta: «No sé cómo no la duele á usted la cara de bonita.» Luisa se le quea mirando mu seria y le responde: «Lo que yo no sé es cómo no se le cae á usted de vergüenza de ser tan feo.» Y había que ver al gachó. Le digo á usted que en una barraca, á perra gorda la entrá, robaba el dinero. ¡Ja, ja, qué gracia!—y tornó á reir otra vez.

—Chica, cállate—gruñó la vieja, á la pàr que supcionaba el cigarro.

—Señá Tomasa—replicó Dolores—, lo fuma usted escogio... escogio del suelo, quieo decir. ¡Camará qué olorcito! Es usted talmente la perfumería Inglesa.

—Pero ¿todavía está durmiendo la maestra?—preguntó Luisa.

—Sí; s'acostao hace poco—contestó la vieja.

—¿Tan tarde ha venio Jesús?

—Tan temprano, querrás decir; hará unas dos horas.

—Y ya ves, Luisa—interrumpió Dolores—, la Trini, encima de con pintas, gasta sombrilla. El gachó, después de venir de día, «vendría con lo suyo», y pué que s'haya perdío algún golpe.

—Golpes, niña, golpes—arguyó la vieja. La campanilla, volviendo á sonar, interrumpió el diálogo.

—Vaya usted á llamar á la maestra—dijo Luisa—, que empieza á venir la parroquia, y tú, Dolores, pon el timbre de la mampara y déjala abierta.

La Tomasa volvió á rastrear sus alpargatas, internándose en el gabinete; Dolores fué á abrir la puerta, y Luisa quedó ante el espejo, poniéndose un delantal de satén negro con ribetes rojos, que de la cintura para abajo, hasta media pierna, ceñía sus flancos en forma de campana y cuyo peto se sujetaba con dos imperdibles más arriba de la turgencia movable de los senos.

A poco volvió Dolores de abrir la puerta, acompañada de la *Cachifa*, una de las muchas cortesanas encopetadas que acudían al tocador para avalorar sus muchos encantos, con los prodigios maravillosos de la Trini en el arte de peinar.

Amalia, nombrada de remoquete la *Cachifa*, era por aquel entonces una de las bellezas más deseadas—y esto quiere decir que más cotizadas—por los aristócratas que en Madrid cultivan el «demi-monde». Nacida en ese trozo de España, milagro de luz

y maravilla del color, que se llama Málaga, tenía toda la arrogancia de las bellezas moras, que aún de vez en vez suelen salir de aquella tierra. Alta y maciza de carnes sin ser gruesa, su busto, como moldeado por manos de maravilloso artífice, era opulento en los senos, se quebraba con fragilidad en la cintura y volvía á ensancharse en las caderas, redondas y amplias, que se contraían incitadoras á los andares altivos de Amalia. En el complicado marco de la mantilla negra, aparecía el rostro moreno, agitanado y burlón. Bordeados por la cinta morada de las ojeras, los ojos, negros y profundos, tenían un atractivo á la vez lujurioso é inquietante. Y bajo el leve bozo que sombreaba su boca, un poco gruesa, de sensual, la sangre y la nieve de sus labios y de sus dientes. Se vestía con elegancia y se alhajaba con riqueza. Pero bajo todo aquel derroche de lujo no era menester ahondar mucho para descubrir su plebeyo origen. Y así, en el hablar muy andaluz, varonil y achulapado, pero lleno de gracia, y en el andar contoneado de maja, un poco cohibido por *l'antrov*, bajo el abrigo de gasas y el sombrero *dernier cri*, se adivinaba la garriña moza perchelera.

—Buenos día, *chiquiya*—dijo saludando á Luisa.

—Salú, Amalia.

—Toavía no z'habrá levantao Trini, ¿verdá?

—No; pero también es que usted ha madrugado mucho.

—M'espera er conde á las onse p'alvorsar en Turnié.

—Siéntese usted, que ya han llamao á la maestra.

Y Amalia, que por lo visto no consideraba las manos mercenarias de las oficiales, suficientemente expertas para engalanar su cabeza de egregia cortesana, tomó asiento cruzando una pierna sobre otra con ademán varonil y dejando ver, entre el revuelo de seda roja de la falda bajera, el maravilloso torneado de su pantorrilla, aprisionada en fina media calada. Sacó de su enorme bolsillo de plata un cigarillo turco, lo hizo prisionero de sus labios, y pronto el exótico aroma de su humo inundó el ambiente.

Poco á poco, á cada golpe de timbre de la cancela, iba penetrando una nueva parroquiana... Elena, la del Marquesito, otra andaluza con más «guasa» en el habla y en los andares que estatura tenía, y cuenta que era un cabo de gastadores con falda de terciopelo... Araceli, la Taconcitos, una madrileña dicharachera y desenvuelta, que hablaba en «caló» como un gitano del Albaicín y fumaba de cuarenta y cinco como un carabinero, y Graziella, una rubita espiritual, pálida y triste, que tal vez á la fragilidad casi intangible de su figura debía su italiano sobrenombre.

Las dos primeras asentáronse en los tocadores de las oficiales, mientras Graziella, al lado de la Cachifa, esperaba su turno. El agua de Florida esparció por el aire su perfume de ensueño y las chicas comenzaron la complicada é inacabable colocación de rizos en las respectivas cabezas.

Se abrieron las cortinas del gabinete y, envuelta en una bata de nansú azul, hecho un moño en la nuca el madejón de oro de su pelo, apareció Trini.

—Buenos días—y dirigiéndose á Amalia:—Vamos—dijo, y empezó la faena.

Las cortesanas, reunidas allí, sin nadie por testigo á quien rendir pleitesía, sin disimular su lenguaje con un refinamiento falso, daban rienda suelta á su verdadero modo de ser y se interrogaban ó se decían algo, poniendo á cada cosa un comentario picaresco y á las veces obsceno.

—Oye, Amalia—interrogó la Taconcitos—, ¿sabes á quien he visto cuando venía?

—Como no me lo diga, no zoy zahorí p'adivinarlo.

—Al Antoñito, con la de Retana, el sastre.

—A mí... de zecano. Ya l'he mandao er sese.

—Y ¿á quien le hablas ahora?

—M'ha dao por la gente de trensa.

—¿Algún chino, quizás?

—A un banderillero, malage; ar Perdigón.

—Que sea enhorabuena. A ver si te retirá.

—Sí, de las buenas comidas, si me cuelo mucho con él.

Sonaron retozonas las risas de todas, celebrando la ingeniosa respuesta de la Cachifa.

—Oye, Trini—siguió la Taconcitos—, á ver si le dices á «tu Jesús» que se cohíba un poquito. Desde que gasta americana entallá y calcetines calaos y va á la Maison y toma cerveza, ¡camará con el niño!, presume más que una titiritera... Cómo se ve que está «bien colocao».

Trini no contestó. Bajó al suelo su mirada de triste, y sus manos marfileñas siguieron jugando con los mechones de ébano de la cabellera de Amalia.

Ahora fué la del Marquesito la que rompió el silencio, cantando con su voz gangosa y su «mala pata» el pasodoble de moda en las cupletistas.

—¡Ay, Luiza, que m'has tirao!

«Nasida yo en Triana,
la tierra der zalero,
mejó der mundo entero,
porque lo digo yo.»

—Zi lo dise cantando, nadie va á creé lo der zalero—interrumpió la Cachifa.

Todas rieron otra vez, y Elena contestó algo enfadada.

—Mía que tié grasia, Amalia. ¿Por qué no te contrata en un sirco?

—Porque z'iba á poné la gente mu mala de riza.

—Gracia—dijo Araceli—, las letras que l'ha puesto Pancho Arderius á La corte de Faraón.

—A ver, cántalas—dijeron á coro.

—Mirar esta del Babilonio:

«Es el vizconde de los Asilos»—y siguió un cuplé lleno de obscenidades, que levantó una explosión de carcajadas en el concurso—. Y está otra de «Las viudas»:

«Los prelados están indignados,
Canalejas los trata muy mal...»

siguiendo con una racha de atrocidades alusivas al Papa y demás gente de hábitos.

Habían terminado de peinarlas, y cuando después de darse ellas mismas los últimos toques ante el espejo, disponíanse á salir, hizo su entrada triunfal en el salón la seña Pepa la fiadora.

La seña Pepa, á quien su exagerada obesidad apenas permitía moverse, aumentaba su volumen con dos enormes lios en pañuelos atados por las puntas y colgado uno de cada brazo, que la obligaron á entrar de perfil por la puerta, con gran regocijo de la concurrencia.

—¡Hola, princesas!—dijo saludando—. Traigo lo mejor que hay en Madrí.

—A ver, á ver—gritaron todas.

Se agruparon en torno de la seña Pepa, y pronto el velador que había en el centro se vió inundado por los valencienos de las ropas interiores, los libértys de las salidas de teatro, los glacs de vivos colores de las faldas bajas,

las crujientes sedas y los suaves terciopelos de los vestidos y los leves tules y sutiles pieles de los *echarpes*.

Todo lo tocaban y lo revolvían las cocotas, y la *señal Pepa* tenía para cada prenda un comentario de elogio, seguido del nombre de su dueña primitiva. Tal ó cual dama de la aristocracia, ó ésta ó la otra comedianta famosa.

—Este vestido—decía—se lo hizo la marquesa del Cisne p'al último baile que se dió en el Palacio Real... Lo doy regalao... treinta y cinco duros, dando diez d'entrá.

Después de adquirir alguna prenda ó hacer algún encargo, las cortesanías salieron luego de despedirse y detrás de ellas la *señal Pepa*, balanceando su exagerada obesidad por el peso que de los brazos la colgaba. Durante toda la mañana siguieron entrando y saliendo las parroquianas. Y al mediar el día, cuando el sol en plena apoteosis inundaba el salón, fuéronse á comer Luisa y Dolores.

Trini, á través de los visillos, contemplaba el ir y venir de menestrales y covachuelistas, que á sus casas se dirigían en busca del cotidiano yantar. El reloj desgranó una campanada en el silencio de la habitación y en la puerta apareció la celestinesca figura de la criada.

—Trini, ¿pongo ya la sopa?

—Sí, cuando quieras... Jesús me dijo que no le llamara hasta la hora de cenar.

Y otra vez sola, sentóse ante el velador. Apoyó en éste el codo y en la mano la rosada mejilla, y ojeando un periódico, que modelos de peinados tenía, esperó la hora de comer.

IV

Las bombillas eléctricas rielaban sus rayos amarillos en la tela rosada que cubría las paredes de la alcoba. Sobre la albura de los almohadones, en la cama baja, estilo inglés, aparecía la enmarañada cabeza de Jesús, que aún dormía con el sueño profundo de los grandes cansancios. Trini, reclinando sobre una orilla de la cama la morbidez sensual de sus muslos, trataba de despertarle.

—Jesús, Jesús, que ya es la hora de cenar—le decía.

Y más que con cariño de hembra con solicitud de madre, sacudía levemente el cuerpo casi inerte de Jesús. Este, de vez en vez, pronunciaba algunos sonidos guturales, que más que palabra de persona gruñido de bestia parecían, y girando la cabeza sobre la almohada, se volvía del otro lado con el intento de seguir durmiendo. Pasado que fué un rato, cuando ya la paciencia y los cuidados de Trini para despertar al durmiente tocaban á su fin, Jesús se estremeció dentro de las sábanas, estiróse cuan largo era, echó atrás los brazos, alcanzando las torneadas columnas de la cabecera de la cama, y abrió los ojos.

—¡Ah!, ¿eres tú, Trinita?—interrogó, somnoliento.

—Sí, vida; levántate; vamos á cenar.

—¡Qué buenas eres!; perdóname por lo d'esta mañana... Venía algo bebido, ¿sabes?

—No seas tonto, loquillo mío. ¿Quién s'acuerda d'eso?

—Yo, que sé que no debo portarme contigo tan malamente.

—No te preocupes, chiquillo; si yo te quiero como eres.

—¡Qué buena eres, Trinita!

Y suavemente, calladamente, los brazos de Jesús salieron de entre las sábanas y rodearon el cuerpo de Trini. La atrajo hacia sí con amor y la besó largamente en los labios, en las mejillas, en los párpados... Poco á poco, sin hablarse, el abrazo se fué haciendo más estrecho, más apretado, y menudearon los besos con débil chasquido... Como el rumor de una música de amores perdida en la lejanía.

En el comedor, con la nota alegre de los muebles claros de haya, había una tranquilidad mansa y hogareña. Del techo, tapizado con papel obscuro imitando madera, pendía la lámpara de cinco brazos, que inundaba de luz la albura impecable del mantel y ponía caprichosas luminarias en la cristalería de colores del chinero. En el centro de la mesa, aprisionado en artístico jarrón de porcelana, un ramo de flores bordaba la nota alegre de sus colores vivos y difundía el aroma variado de sus perfumes.

Trini y Jesús, sentados el uno frente al otro en la cuadrada mesa, cenaban. La Tomasa, deslizándose el silencioso pisar de sus alpargatas por el linoleum del suelo, hacía pasar las viandas desde sus manos rugosas al centro de la mesa.

Jesús, apenas si probaba bocado. Sólo un par de huevos pasados por agua, una taza de caldo y alguna que otra excursión á los fiambres que rodeaban la *corbeille*. Todo esto ayudado con muy frecuentes libaciones de sabroso y añejo Jerez, que tornaba en transparente topacio el blanco y fino cristal de la copa.

Sirvieron un pollo asado; Jesús frunció los labios en un mohín despectivo y, sin probarlo, corrió la fuente al lado de Trini.

—¿Por qué no comes, chiquito?... ¿Es que no te gusta la cena?... ¿Quieres que te traigan otra cosa?—y fijaba amorosamente en Jesús la expresiva mirada de sus ojos verdes.

—No, Trinita, no es que no me guste; es que no tengo ganas.

—Claro, si con este desorden de vida que llevas, no es posible. Acostarte por la mañana y levantarte de noche pa cenar... Ni sé cómo no estás malo.

Todo esto lo dijo Trini sin el menor tono de reproche. Pero Jesús, que por lo mismo que de ella vivía y tenía consciencia de su esclavitud, en todo encontraba un doble sentido, exclamó,

rebelándose contra lo que él creyera tiranía, y que sólo cariño en aquella ocasión fuera:

—Yo, m'acuesto á la hora que me parece y me levanto cuando me da la gana, ¿estamos?

—Hijo, te lo he dicho de buena fe... Vaya un humor que tienes... no se te puede hablar.

Y callaron un rato. Sólo se oía el tintinear de los cubiertos en el plato de Trini. Jesús tomó un periódico, que á su lado había puesto Tomasa, y repasaba sus columnas.

—Oye, Jesús, ¿por qué no me llevas esta noche á ver esa pieza nueva que «echan» en Apolo?

—No puedo... A las once estoy citao con Julio... Mañana iremos, si t'es igual.

—Como serme igual... sí que me lo es. Pero eso de que cuando yo quiero que me lleves á alguna parte, tengas que hacer, me resulta muy feo.

—Pues ponle unas cintas, á ver si te parece más bonito.

—Es que siempre hay algún motivo pa que no me saques... Tendrás mucho que hacer esta noche.

—The dicho que tengo que ver á Julio... y hemos terminado—dijo secamente Jesús, y acompañando la acción á la palabra, dió tal puñetazo sobre la mesa, que peligró por un momento la integridad de la vajilla.

Y no hablaron más. Trini, resignada, baja la cabeza, y preñados de lágrimas los ojos, siguió comiendo, mientras Jesús proseguía la lectura del periódico.

Terminada que fué la cena, pasaron al gabinete contiguo á la alcoba, y sentados en dos mecedoras, sirvió Tomasa el café.

Sobre la mesita de laca, humeaba la aromática bebida en dos finísimas tazas de porcelana, y Jesús, echada hacia atrás la cabeza sobre el espaldar de la mecedora, succionaba con fuerza un cigarro, en el que tenía clavados los dientes.

Hubo una pausa larga, en la que ambos se miraron sin decirse una palabra. Parecía como si Jesús estuviera pensando algo que no se atrevía á decir y como si ella lo adivinara. Al rato, Jesús corrió su mecedora cerca de la que ocupa-

ba Trini y habló después de mirarla un momento:

—Trini...

—¿Qué?...

—¿M'harías un favor?...

—¿Cuál?...

—Mira... me encuentro en un apuro...

—No sigas—atajó Trini—; no tengo suelto.

Jesús se levantó. Con irritado ademán echó lejos de sí la mecedora y, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, empezó á pasear á



lo largo del gabinete. En el ambiente perfumado del gabinetito flotaba esa tirantez hostil que precede á los grandes disgustos. Al cabo de un rato, Jesús, parándose ante Trini, volvió en tono suplicante.

—Mira, Trinita, es que anoche, jugando al ju-lepe en el café, dejé á deber cinco duros... Ya ves qué vergüenza, ir hoy sin llevarlos...

—Que te los dé Julio... ¿No dices que no me púes llevar al teatro porque estás citao con él?...

Pues ya que le guardas tantos cumplidos, que te saque él de los apuros.

—El no tiene ninguna obligación...

—Ni yo tampoco; ya estoy harta de ti... Te dije esta mañana que no te daba un céntimo más y no te lo doy.

—Es que m'hace falta...

—Y á mí también, por eso no quieo dártelo. Es la mar de cómodo levantarse á las ocho de la noche y tener una esclava que ha estao tóo el día trabajando, pa que luego tú te vayas á emborrachar por ahí. Ca, hombre, el dinero y la honra es pa quien lo gana... Si necesitas dinero pa divertirte, trabaja.

—Porque no quieo trabajar, te tengo á ti, pa que me lo des.

—Pues ya que no quies trabajar y ¡tan poca vergüenza t'ha dao Dios... róbalos.

—Pues lo necesito y me lo vas á dar, ea—gritó ya excitado Jesús.

—The dicho que, si lo quies, que lo robes.

—¡Que lo robe tu madre, pendón!—rugió el Rizo.

La cogió fuertemente por una muñeca, la levantó con violencia de la mecedora y empezó á golpearla. Pronto en las mejillas blancas y rosadas pusieron los golpes sus amoratadas manchas y los ojos verdes y tristes vertieron lágrimas y sollozos dijeron los labios de fresa.

Durante unos segundos, no se oyó más ruido que el rastrear de sus pies sobre las baldosas en el fragor de lucha, el crujir de los golpes y los gritos de ella. En uno de los movimientos, de la cabellera de Trini, se desprendió un peinecillo argentado de pedrería. Quedó al aire un mechón dorado y el peinecillo repiqueteó en una de las tazas, que cayó al suelo en catástrofe de pedacitos.

Luego, cuando Jesús, harto de golpearla, la dejó tendida en el sofá, sólo se escucharon los sollozos del pecho de Trini, convulsionado por el llanto, y otra vez los pasos de Jesús á lo largo del gabinete.

Pasado que fué un rato, Trini se puso en pie, abrió con estrépito de llaves un cajoncito de su secretaire y sacó un billete de cinco duros, que puso encima de la mesita.

—Toma, ladrón, criminal, que m'estás matando—dijo, ahogada por los sollozos y después de

sentarse—. Te lo doy por no verte, pa que te vayas, pa que me dejes en paz... ¡sinvergüenza!

¡Qué más quería él! La miró un momento en silencio, como perdonándola la vida... Cogió con desprecio el billete que arrugado guardó en un bolsillo de la americana... Entró en la alcoba; ajustó ante el espejo el cordobés sobre su cabeza rizada y tornó a salir por el gabinete, cerrando con tal fuerza la puerta, que hizo tintinear los colgantes de cristal de la lámpara.

Trini, al verse sola, abandonada, vencida, volvió a llorar con más fuerza.

—¡Quehecho yo, Dios mío, pa verme así!— exclamó, levantando al techo sus ojos verdes, que resplandecían indignación detrás del velo de lágrimas que los empañaba.

Y dejando caer la cabeza sobre uno de los brazos del sofá, lloró largamente, tristemente, desesperadamente...

V

Cuando se hubo marchado *el Rizos*, Trini permaneció un gran rato sentada en el sofá, sin moverse, con la mirada perdida en el vacío. Estaba en uno de esos momentos en que la tragedia interior nos abstrae por completo de cuanto nos rodea, en que perdemos la consciencia de «nuestro yo» y vivimos unos instantes sin darnos cuenta de nuestro propio existir. Ella había conocido al *Rizos* cuando él se dedicaba al no bien mirado oficio de organillero. Fué una noche de verbena, en San Antonio de la Florida. Trini fué á un merendero á regodearse con unas amigas, y allí estaba Jesús con otros sujetos de su jaez tomando cerveza. Se miraron y hubieron de gustarse, por cuanto que á los pocos minutos, los contertulios del galán y de la dama, gastábanles cuchufletas por lo mucho que «se timaban».

El organillo, con el perezoso rodar de su cilindro, comenzó á tañer una pieza. *El Rizos* levantóse de su asiento, se dirigió al sitio donde estaba sentada Trini, entre los gritos de sus amigos y las risitas inteligentes de las acompañantas de la que más tarde había de ser su hembra. Paróse con arrogante y gallarda actitud ante ella. Dobló el brazo derecho hasta casi ponerlo «en jarras», y llenos de sensualidad los ojos y de promesas de vicio los labios, la dijo:

—Señora... ¿pué ser que su cuerpo serrano se ciña con el mío ahí enmedio?

Trini le miró de arriba abajo, y bien á las claras se veía, en su satisfecho reír, que el cortejo no la desagradaba.

—¿Por qué no?—respondió.

Y poniéndose en pie, tiró sobre los hombros las puntas de su mantón de Manila, envolviendo su cuerpo en una apoteosis de colores vivos, y fué á dejarse estrechar por los brazos de Jesús, que ya abiertos la esperaban.

—Olé las hembras castizas, es usté de lo poco

cañí que va quedando—gritaron los amigos de Jesús.

Y más tarde, cuando en el revolear de la falda en las vueltas rápidas, aparecieron los finos entredoses de las enaguas y los calados de las medias:

—Vaya «postín», serrana—volvieron á gritar.

Ella no los oía. Alocada su alma de madrileña por el ruido de los pitos y de los pregones... Turbios un tanto los sentidos por el humo de los churros y el alcohol de las libaciones y adormecido su espíritu de chula por el vaivén adormecedor y sensual del «chotis» que bailaban, sólo escuchaba los piropos de su galán, las frases de cariño que prometían días felices de gozar y que pasándole de los oídos, se le metían pecho adentro, hasta el corazón, sin querer ella, en un éxtasis sensual de todo su ser.

El galán—que justa fama tenía entre sus amigos de no ser lerdo en el arte de adueñarse de afectos femeninos—hacía alarde de todo el desenfado de su majeza y la gracia de su «labia». Bailaron aquella pieza y otra y otra y todas las que tocaron, y conforme fueron bailando, el lazo que los unía se apretaba más, uniendo sus cuerpos. La distancia que separaba sus rostros se fué haciendo más corta. Los ojos de Jesús, perversos y barrenadores, ojos de pícaro, se miraban en los de ella, que prometían amores y decían deseos. Las bocas, muy juntas, amenazaban unirse en un beso, y cuentan quienes lo vieron, que más de una vez perdían el compás del baile.

Cuando llegó la hora de retirarse, Jesús separóse de Trini y fué á reunirse con los amigos. Llevaba el talante altivo, como de hombre que está satisfecho de no haber perdido el tiempo. Habían salido ya del merendero cuando, entre chanzas—que bien pudieran ser envidias—, le interrogaron los amigos.

—¿Qué tal la moza?

—Como con la mano—respondió Jesús sin darle importancia—; mañana he quedao en ir «á tocarla».

Y en la negrura de la noche, entre el bullir de la gente y la loca alegría verbenera, siguieron Cuesta de San Vicente arriba.

Desde el siguiente día, todos le ofrecía á Trini su galán la chulesca trova de su organillo. A ella le hacían cada vez más gracia las chulerías de Jesús, y él, que lo comprendía, vió que iba ganando terreno. Y á la primera indicación del *Rizos* empezaron las entrevistas en «la vicaría» de los cafés «de barrio», pues Trini tenía gran interés en que sus amigas y parroquianas, que ya sospechaban, no supieran de sus amores con el organillero. Ella bien vió que no la convenía, pues en una de las primeras citas que tuvieron, tras un rato de cariñosas expansiones, él la pidió dos duros para pagar una deuda que tenía en el «centro». Pero Trini, que sin duda estaba acostumbra á esos menesteres, dió las diez pesetas sin conmovirse... Y terminaron siendo aman-



tes. Las truhanerías del chulapo acabaron por conquistarse el corazón de la peinadora, que, como Jesús decía, estaba «que hacía números por él».

Ya no hubo medio de ocultarlo á las amigas, que acaso envidiosas del triunfo de Trini, pues *el Rizos* tenía gran «partido» con las mujeres galantes, no cesaban de molestarla con frases ofensivas para el galán. «De pianista á ladrón, no va

más que un escalón», la solían decir con frecuencia. Su amor propio de mujer que quiere—como saben querer esas mujeres, con toda el alma—sentiase herido con tales burlas, y á solas se decía:

«¿Y yo qué necesidad tengo de que esas me pongan la cara colorá con que si Jesús es ó deja de ser? ¿No me sobran á mí cinco duros pa mantenerlo?... Pues van á rabiar.» Y terminó propo-

niendo á Jesús que se fuera á vivir con ella y que dejara los pianos.

El Rizos no se hizo repetir la orden. Ella «lo tenía hecho un rey», y al principio todo se le volvía á él lucirla en coche por ahí y llevarla á los toros y á las verbenas y donde quiera que «su gente» pudiera verle con hembra de tanta valía. Trini era muy feliz; pero luego, cuando él se cansó de ella y ella convencióse que sólo por conveniencia á su lado estaba, doblados en desgracia pagó los días que había sido dichosa. Y aquella noche, después de la última riña y de ver el egoísmo insultante de Jesús, todos estos acontecimientos de su vida pasaban por su mente como si los viera reproducidos en una cinta de cinematógrafo.

Se levantó. La dolía la cabeza. Sentía como si la golpearan con un mazo dentro de ella. Deshizo su peinado, dejando el pelo suelto. Abrió el baicón. Arrimó al quicio de la parte de dentro un sillón y se puso á leer *La dama de las Camelias*, ese bello idilio de sensualidad sentimental, que es el breviario de las mujeres fáciles.

Por el balcón penetraba, con el rayo de la luna, la brisa de la noche estival. De vez en vez, la brisa se tornaba en viento y, agitando los cabellos de Trini, ponía un bordado de oro en el terciopelo obscuro del espaldar del sillón.

Al cabo de un rato, Trini dejó de leer y, echando atrás la cabeza, descansó el libro en el regazo. Sonó la campanilla. Trini se levantó extrañada de que viniera alguien á verla de noche, y cuando iba á salir, hubo de sorprenderla más la entrada de *la Cachifa*. Aunque fueran amigas en apariencia, odiábanse cordialmente en el fondo. En sus interiores guardaban un rencor de esos que nunca olvidan las mujeres. En los comienzos de los amores de Trini con *el Rizos*, Amalia, á quien también gustaba el organillero, quiso conquistarle. No lo consiguió, y desde entonces aguardaba un momento para vengarse. Se le había presentado aquella noche la ocasión y no quiso demorar su placer hasta el día siguiente.

—Hola, chiquiya—dijo Amalia al tiempo que se sentaba—; t'extrañará que venga á verte á estas horas, ¿verdá?

—Sí que m'extraña... Bueno, y ¿tú dirás?—interrogó secamente Trini.

La Cachifa sacó un cigarrillo de su bolso, puso, según era su usanza una pierna sobre otra y hubo una pausa mientras lo prendía. Amalia lanzó al aire una bocanada de humo perfumado y quedó pensativa un momento.

—Verá Trini—dijo—, yo, aunque tú lo haya dudao alguna ve, he zío ziempre amiga tuya...

—Y yo te lo agradezco, Amalia.

—Aquello mío con Jezú no fué na má que una chiflaúra; pero pronto m'acordé que era amiga tuya y... no pazó na.

—Porque él no quiso... porque me quería á mí.

—En ezo e en lo que tú ha andao pero que mu equivocá ziempre y vengo á conveniserte yo ahora.

Trini empezaba á impacientarse. ¿Qué nuevo peligro amenazaba terminar su ya menguada dicha? Y sintió que se escalofriaba su cuerpo y que dentro de la cabeza eran los golpes más violentos. Amalia prosiguió:

—Nozotra, Trini, zomo mu tonta. No alocamo por er primer gachó que no dise cuatro palabrita que no hasen gracia, zin penzar en que á lo mejó no vienen á nozotra má que á zacarno lo que puean. Er cariño e siego y no vemo má allá de nuestra nari, como no zea pa querelo má ca día. Jezú étá hasiendo contigo una infamia, y como tú no lo merese, e meneter que t'entere d'ella... Jezú tié otra mujé.

—Y ¿cómo lo sabes tú* que lo afirmas tan de cierto?

—Hase poco má d'una hora, estaba yo en la *Mezón* con un amigo mío, andalú como yo, cuando entró Jezú. Me zaludó, y á mi amigo también. Entonse yo le pregunté que de qué conosía á Jezú, y me dijo que de que l'hablaba á *la Farole*, una cantaora der café la Marina, que ello frecuentan mucho... Ya ve que mi amigo, que no té conose, no iba á tené interé en engañarme.

Trini calló. En su interior habíase roto de pronto, con gran fracaso sentimental, la pequeña esperanza que conservaba de que Jesús, á pesar de todo, la quería aún. Al principio pensó en indignarse contra la nueva infamia del *Rizos*; pero con esa picardía felina de las mujeres, comprendió que Amalia se alegraría, y domiéndose, contestó indiferente:

—Déjalo... eso ya lo sabía yo, pero no hago caso; se cansará. Sobre que como ella no podrá darle lo que yo le doy, terminará por dejarla. No le digo ná... pa qué más disgustos.

La Cachifa comprendió la estratagema y sintióse despechada. Mordió rabiosa la punta del cigarro, hasta casi romperle la boquilla de cartón, y arrojándolo con tal violencia, que produjo un ligero tintinear en la escupidera de níquel, se puso en pie.

—Bueno, pué me voy. Yo zentiría que t'hubieas molestao; pero entre amiga, creo que era mi obligasión. Zi m'hubiea visto en tu lugar, t'hubiea agradesío mucho que hubiea hecho lo mismo que yo...

—No, tonta—replicó irónica Trini—, si yo te lo agradezco. Lo que pasa es que, como ya lo sabía, ni m'he disgustao, ni m'ha pillao de susto, ni ná... Ya me ves... tan fresca.

—Pué adiós, chiquiya, hasta mañana; que descanses.

Y salió *la Cachifa* con sus andares arrogantes de moza perchelera. Apenas hubo salido, Trini se puso en pie, y adorablemente trágica, comenzó á gritar, ahogada por la rabia:

—¡Anda, mala perra! ¿Qué más hubieas querio tú sino que yo m'hubiea desesperao y hubiea llorao, pa luego haberte reio, contándoselo á las otras? Pues t'has fastidiado.—Hizo una pausa.—Pero, ¡y ese ladrón, y ese canalla! ¿Es que s'ha propuesto acabar conmigo? ¡Ca,

hombre, ca; esto s'acabao ahora mismo!

Ante el espejo anudó sus cabellos, en un moño grande, sobre la nuca. Se echó en los hombros un pañuelo de crespón negro, macizo de bordados, que puso alrededor de su cuerpo flexible la reja sutil de los flecos torzales, y salió del gabinete. En el centro de la estancia se detuvo. Fijó su mirada de celosa en un puñal de mango damasquinado que colgado había por encima del *secretaire*. Lo descolgó, escondiéndolo entre los bullones de su blusa, y salió del gabinete. Ya con la puerta de la escalera abierta, volvióse al interior.

—Tomasa—gritó.

—¿Qué quíes?

—Cuando tengas sueño, si no he vuelto, acuéstate y déjame la llave debajo de la puerta. ¡Adiós!

Y cerrando con fuerza, bajó con estrépito la escalera. Salió á la calle. Iba de prisa, golpeando la acera con el soniquete de sus tacones, que sabían del ritmo canallesco de los bailes. En la calle de Peligros le cerró el paso un hombre, que también gastaba achulados vestires.

—No m'habían dicho ná de que la Virgen de la Paloma anduviera esta noche por las calles.

Trini, al conocer la voz, levantó la cabeza.

—Adiós, *Frescales*... ¿Dónde caminas?

—A la taberna del Barbas un rato... ¿Y tú?

—A la Marina.

—¡Viva la gente de rumbo; eso lo hace quien puede!

Por el pensamiento de Trini cruzó, rápida, una idea de venganza... Darle «achares» á Jesús con antiguo compañero suyo. Y como lo pensó lo hizo, sin reparar en lo que su locura podía envolver de trágico.

—¿Quiés venir, *Frescales*?

—No estoy «bien colocao» pa ir con una hembra de tanto «postín»... Me encuentro en paz, hija—y puso, con chulesco ademán, la yema de dos dedos sobre el labio superior, dejando en medio la nariz.

—Yo siempre tengo un duro pa convidar á los amigos—añadió Trini.

—No, no; déjalo—se defendió todavía *el Frescales*.

—Miedo que le tendrás á Jesús—silbó Trini, impaciente al ver que fracasaba su plan.

—Miedo... Vamos, hija. ¡A ver si te crees que tíes por novio al Cí Campeador... ¡Echa p'alante, pelmaza.

Y emparejados, muy de prisa, fachendoso *el Frescales* de su éxito con Trini, y encantada ella de lo que iba á rabiarse Jesús, siguieron por la calle de Peligros hasta internarse en la de Jardines.



VI

Como al mediar de la calle de Jardines, á la izquierda, hay una vieja casa que en tiempos fué mancebía descarada, y que hoy, gracias al celo de un gobernante conservador, ha dejado de serlo ó sigue siéndolo más discretamente. Es una de esas fincas que, á despecho de nuestra urbanización, aún yerguen en las más céntricas calles su construcción vetusta y que ponen la chabacanería de sus fachadas sucias, entre las limpias y pulidas de arquitectura moderna. Son una nota pintoresca en las calles de este Madrid folletinesco y sentimental. Algo así como sería la aparición de un desarrapado mendigo, entre las brillantes indumentarias de una reunión aristocrática.

En el tiempo en que transcurre esta historia, todavía conservaba el primitivo aspecto que en el comienzo de estas líneas se señala. Es decir, cuando la céntrica calle de Jardines era plantel de los hostales del amor.

Alzase la casa pegada á un solar destinado á juego de bolos, y en su planta baja hay un establecimiento de aspecto siniestro é inquietante. En la portada, teñida de un verde oscuro, se destacan dos puertas, condenada una y practicable la otra. Por los cristales, pintados con albayalde, asoma amarillento y mortecino el fulgor de las luces interiores. La muestra réza: «Gran Café de

la Marina», y, sobre ella, un globo de esmerilado cristal, difunde su luz opaca y macilenta. A través de las vidrieras, salen á la calle el repiquetear de las castañuelas, el taconeó sobre el tablado, las voces de los *cantaóres*, los gritos de los que «jalean» y tal cual risa canalla de mujer. En el hueco de al lado, en el portal del burdel, una hembra ojerosa y pintarrajeada, envuelta en chillonata bata roja, tocada la cabeza con lazos azules, hace á los transeúntes expresivas invitaciones al placer.

Pasada la mampara, unas cortinas rojas formando medio punto, cubren el interior del café. Es una estancia rectangular, sombría, sin más ventilación que la puerta y no muy amplia. A lo largo de las paredes, delante de unos divanes de yute sucios y rozados, se alinean las mesas, casi pegadas una á otra. En los paños de la pared, la mano profana de algún pintor de «brocha gorda», ha trazado absurdas y lúbricas escenas de «juerga» andaluza, que diríanse ilustraciones á la obra de algún hispanófilo de allende el Pirineo. En el fondo, ocupando todo el ancho del local, álzase un tablado como de medio metro de alto, donde lucen sus habilidades coreográficas y lanzan al aire sus «jipios», los profesionales del flamenquismo.

Era aquélla la noche aventurera y sortilega de un sábado. El público cosmopolita peculiar de estos lugares había invadido desde muy temprano el café y se hacinaba, apretujándose unos á otros, un poco por lo próximas que las mesas estaban y otro por la habilidad de las camareras para colocar á sus parroquianos y tener explotable el mayor espacio posible.

La pintoresca concurrencia estaba formada por gente de todos los matices... El obrero, que acude á proporcionarse unas horas de solaz y de distracción, con los reales restados á las alpargatas que hacen falta á los chicos... El tahir, que se sienta muy erguido en el diván, supciona con majestuosidad el pitillo, escupe el humo por un lado de las comisuras labiales y mira con desprecio á la camarera... Algún extranjero curioso, con rostro hierático, baedeker y monóculo, que vienen buscando en nuestras mujeres la «navaja en la liga», y apenas llegan á ver la última... Uno que otro tratante provinciano, con más duros en la faja que entendederas en la cabeza, que creen terreno abonado las camareras, sin comprender que la tierna mirada ó la dulce sonrisa de la moza está en relación directa con la cuantía de la propina... *Chulos* traspillados que van á ver qué «socia» incauta se deja seducir por sus encantos, qué señorito se deja sablear y á hacer de valientes en las broncas, para acabar debajo de los bancos si sale un decidido que les grita en serio... Señoritos chulos dados á la «juerga» en los reservados, que malgastan el dinero estúpidamente para llenar los bolsillos del dueño poco aprensivo y para que las camareras demuestren «su afición» por el vino, empapando sus pañuelos con la manzanilla que ellos pagan.

Estudiantes recién importados del terruño, que creen el «último grito» de la picardía acostarse por la mañana y ser «puntos» en «café de cantante», y de vez en vez, en un rincón del café, un señor todo afeitado, vestido de negro, que á las doce menos cinco paga su última consumación y sale á la calle.

Por entre este enjambre de gentes de bien distinta catadura, cruzan las camareras luciendo sus marchitados y falsos encantos—carmin y albayalde—, un brazo en alto con la bandeja del servicio, el otro moviéndose en marcial contoneo y tintineando las cucharillas aprisionadas en la faltriquera colgada á la altura de las rodillas por bajo del albo delantal. Saludan su andanza triunfal por el salón chicoleos de galantería barata y frases obscenas, que ellas contestan con sonrisas de agradecimiento ó miradas de desprecio. Y al fondo, encima del tablado, sentados en sillas arrimadas á la pared, los *artistas*, que forman el cuadro, serios, inmóviles, contemplativos, presiden aquella apoteosis del vicio.

En el ambiente se advierte ese olor á cuerpos sudados que produce el hacinamiento de personas; y una nube de humo maloliente, de tabaco barato, lo envuelve todo, dando á las cosas y á las personas una vaguedad imprecisa que, más que de realidad humana, le dan aspecto de elucubración de un pintor loco.

El encargado del mostrador hizo sonar por dos veces un timbre, y como obedeciendo á un conjuro, la palabra se suspendió en los labios de todos los parroquianos, las camareras procuraban no hacer ruido al colocar en las mesas el servicio y un silencio augusto invadió el local.

Pusiéronse en pie dos de los *artistas*, y con sus respectivas sillas en la mano avanzaron majestuosos hasta llegar al frente del tablado. Las miradas de todos los concurrentes convergieron en aquellos dos hombres, que, orgullosos de su preponderancia, saludaron con una cómica reverencia, que era á la vez cortesana y flamenca. Se sentaron. Uno de ellos comenzó á templar la guitarra, y el otro, con las piernas muy abiertas por las rodillas, subido el pantalón hasta media pierna para lucir unos lamentables calcetines escoceses, erguido el busto en una forzada tiesura, entornó melancólicamente los ojos, tosió tres ó cuatro veces con carraspeo gutural y estiró el cuello furiosamente como si quisiera libertarlo de la tal vez para él inusitada prisión de la planchada camisa. Los ágiles dedos del *tocaor*, saltaron de una á otra cuerda arrancándolas los delicados arpeggios de una *falseta*, y el *Jilguero*, luego de extremar más aún su *pose*, golpeando el asiento de la silla con una varita, «se arrancó» con la salida de *las Marianas*.

Cuando se esparcían en el aire las notas tristes de la copla que el *Jilguero* cantaba, entraron en el café Julito Peña, el *Arrojao*, un novillero inédito, el *Almeja*, un jugador de ventaja, y el *Marceliano*, otro organillero «retira-

do», que, con *el Rizos*, componían la tertulia de confianza del café. Sentáronse en una mesa, ya al fondo, muy cerca del tablado, y una chiquilla joven y traviesa, rubia como un triguero en agosto, fué á servirles. En su cara de virgen inaciada, había una tristeza dulce y serena, como de desengañada, y por sus labios vagaba una sonrisa á la vez ingenua y perversa.

Al verla llegarse los reunidos, empezaron á comentar su belleza. Era desconocida, y para los asiduos á estos sitios, una camarera nueva siempre es un acontecimiento. Pero ella, sin alterarse por la observación ni por el cuchicheo, llegó conteniéndose, altiva y sonriente.

—Buenas noches... ¿Qué van á tomar?...

—La puerta, asustados de ver una hembra tan juncal—respondió Julio.

—Hijo, no es pa tanto.

—¿Cómo se llama usted, serrana?—interrogó *el Almeja*.

—Lucía, pa servir á usted...

—¿Pa servirme?...

—Digo yo que pa eso m'habrán tomado.

—Y ¿se pué saber á qué debemos el honor de tenerla á usted por escanciadora?—preguntó *el Arrojo*.

—Pues á que esta mañana s'ha despedido *la Muñagorri*.

—Bueno, Lucía—atajó Julito—, traiga usted una de «Agustín» y no haga caso á estos pelmazos.

—No, no nos haga usted caso, que el señor es el *Sa* de la Persia—arguyó *el Marceliano*.

Había terminado la copla; todas las bocas, que para escucharla habían contenido hasta la respiración, desbordáronse en gritos de entusiasmo y frases jaleando al «cantao».

—¡Olé ya lo bien cantao!

—¡Vaya sentimiento!

—¡Camará y qué garganta!

—¡Como que tié en ella la Orquesta Sinfónica!

—¡Que se vaya Titta Rufo á pregonar patatas!

—¡Mare y qué niño, manitas de plata!

—¡Olé los ruseñores!

Y mil frases más por el estilo. *El Jilguero*, sonriente, saludaba con una leve inclinación de cabeza, como seguro de que *su arte* era merecedor de tan entusiasta homenaje.

Lucía trajo la botella, llenó los vasos y sentóse á tomar un «chato», contestando siempre á tiempo, con su picaresco gracejo de chamberilera, á los galanteos que la dirigían los contertulios. De otra mesa, donde también se creían con derecho á la «coba», la llamaron para invitarla.

Abriéronse las rojas cortinas de la puerta y apareció Jesús. Cruzó el café asaeteado por las miradas de las camareras, saludando á uno que otro conocido, y fué á sentarse con los amigos. Desde el tablado, *la Faroles*, le lanzó una mirada de celosa.



—Buenas noches, señores—dijo al tiempo que se sentaba.

—Hola, Jesús; ¿qué tarde has venido?—contestó Julito.

—Sí, m'entretení un poquillo—añadió al tiempo que hacía palmas.

—Tenemos camarera nueva—dijo *el Marceliano*.

—Y que es de abrigo—concluyó *el Arrojo*.

Lucía, que llegaba requerida por el llamamiento de Jesús, paróse ante él. *El Rizos* la miró de arriba abajo, y haciendo un gesto de asombro, exclamó:

—¡Una estupidez de señora!... Y ¿cuántos años tié usted, delirio?

—Diez y nueve.

—De las que me manda á mí el médico.

Lucía lanzó una sonora carcajada.

—¡Na, que ya l'ha cautivao!—dijo Julito.

—Pero que las dará—añadió *el Almeja*.

—Que las paga con billetes grandes—siguió *el Arrojo*.

—A las mujeres—repuso en tono sentencioso *el Rizos*—se las ofende dándolas dinero.

—¿Y qué quiere usted?—interrogó cariñosamente Lucía.

—Que me traiga usted un «chato» pa esperar bebiendo á que llegue el reparto social, á ver si me toca usted, alhaja.

—Pues va usted á tener que esperar un rato largo.

—Niña—dijo Julito—, pocas bromas con este «gachó», que pué que en el local haya quien l'arañe á usted, y sería una lástima.

—Sí, ya sé que el señor «se las trae»—repuso Lucía mirando á *la Faroles*.

—Se las lleva, querrá usted decir—comentó *el Almeja*.

—La señora—añadió *el Rizos* aludiendo á *la Faroles*—es de clases pasivas... ¿Verdá, Lucía?

—M'acuesto á las ocho—concluyó Lucía encogiéndose de hombros, y fué al mostrador por el vaso para volver á sentarse con ellos.

Volvió á sonar el timbre del mostrador y ahora fué *la Faroles* quien, acompañada del «doctór», ocupó el puesto de honor en el tablado. Los asiduos que aspiraban á ser dueños del corazón de hembra tan castiza, la dirigieron sus más achulapados requiebros, y ella, anudándose cerca de la garganta el pañuelo de vivos colores con que apenas encubría su escote, fijó en *el Rizos* la mirada perversa de sus ojos negros.

—Está que se te quíe comer—dijo *el Arrojaio* á Jesús.

—Como que tié pasión de ánimo por éste—añadió Julito.

—¡Pchss!...—contestó él encogiéndose de hombros.

—No se pué ser bonito—concluyó *el Almeja*.

Y *la Faroles*, al son perezoso y melancólico de un «garrotín» gitano que preludiaba la guitarra, cantó, fijos en Jesús los ojos de mora:

«M'han dicho que no me quieres,
se me dan tres caracoles;
más p'arriba y más p'abajo
m'están quiriendo á montones.»

El Rizos sonrió irónico y triunfador... Era su venganza el desdén que ella tuvo por la mañana.

—¡Acharaita tú, mi alma?...—gritó Julio.

Y ella, seria, arrogante, magníficamente despectiva y á la par despechada, siguió, después de repiquear los tacones en el tablado á compás de la música:

«Qué te quieras tú poner,
qué te quieras apostar,
que cuando yo no te quiera
m'has de venir á buscar.»

—¡Triste está mi niña!—gritó una «jaleadora».

Y Carmen, acompañándose con un palmoear seguido, terminó:

«Que con el «garrotín»
que con el «garrotán»,
á la vera vera vera
vera vera vera va.»

Y concluyó la copla entre una salva de aplausos y las risitas irónicas de los amigos del *Rizos*.

Después, una pareja de chiquillas flacas y desgarbadas, al compás de un «bolero», agitaron la delgaducha flacidez de sus piernas y de sus brazos en una macabra zarabanda, y una matrona grasosa, de cara arrugada, se contoneó con los pasos del tango en dislocados movimientos, que en vano pretendía hacer sensuales, luchando con

lo poco albyente de sus encantos de cuarentona.

Terminó el «cuadro» y las artistas repartieron-se por la sala en busca del convite de los amigos.

El café quedó apenas sin gente. Sólo estaban ocupadas dos ó tres mesas. *La Faroles* fué á sentarse con la reunión del *Rizos*, y Lucía, que al lado de él estaba sentada, se levantó con intención de cederla el sitio.

—Está usted mu bien, joven—dijo muy estirada, y sentóse junto á Julito.

—¿Y *la Chico*?—interrogó éste.

—Está un poco mala y s'ha quedao en la cama.

—Carmencilla, ¿qué dices?—preguntó *el Almeja*.

—Na, hijo, que hace mucha calor.

—Sí, pero tú estás fresca—atajó *el Arrojaio*.

—Qué funebres estáis esta noche—siguió *la Faroles*.

—Ya ya—añadió Julito—; no sé qué le pasa á esta gente.

—¿Qué tiés, *Marceliano*—dijo *el Almeja*—, que en toa la noche has perorao?

—Está más desapacible que un día de lluvia.

—Na, que he tenido un disgusto con *la Filo*.

—Loco te trae esa mujer—arguyó Jesús.

—Ya ves...

—Quién lo había de decir—siguió Julito—; tú, que en eso de las señoras has sido siempre como un tren expreso... donde más, has parao cinco minutos.

La Faroles, con esa curiosidad ingénita en las mujeres, se apresuró á preguntar:

—Y ¿por qué fué la bronca?

—Na, porque esta tarde, cuando estábamos comiendo, no sé cómo salió á relucir que si yo había tenido ó había dejao de tener con *la Lechuga*...

—No sería al sacar la ensalada...—atajó *el Arrojaio*.

—¡Camará y lo que interrumpes; no se pue hablar contigo en serio!...

En esto se abrió la puerta; Trini, seguida del *Frescales*, hizo su entrada en el café, y gozosa ella de la sorpresa del *Rizos* y sus amigos, fueron á sentarse en una mesa de espaldas á la que ocupaba Jesús. En la reunión de éste, empezaron las ironías de mal gusto que los amigos tienen en estos casos.

—Pero ¿has visto, Jesús?

—Bacarrá en los dos paños; t'han desbancao.

El Rizos, ni más ni menos que si el asiento de su silla estuviera erizado de pinchos, se agitaba como un azogado. Detrás de él sonó el cacareo cínico de una carcajada. Era Trini que se reía, gozando del efecto que produjera su venganza. Un escalofrío recorrió á Jesús de los pies á la cabeza, y pálido, tremantes los labios y relucientes de ira los ojos, dijo:

—Los restos d'ese los van á llevar á la fosa común en un pulverizador.

—¿Qué vas á hacer, Jesús?—preguntó inquieto Julito.

Jesús se levantó, fué á la mesa que ocupaban



Trini y *el Frescales*, y descompuesto, encarándose con su amante, gritó en tono destemplado:

—¿A ti quién t'ha mandao venir aquí?

—Mi cuerpo —respondió ella, adorablemente descarada.

El Rizos levantó la mano para pegarla, pero *el Frescales*, poniéndose en pie, le sujetó para impedirlo.

—Cuando va conmigo una mujer, no ha nacido el hombre que la pegue.

—Yo fui al bautizo —contestó *el Rizos*, y echando un paso atrás, cogió una silla para tirársela.

Cuando Jesús se levantó, lo hicieron también sus amigos, y aunque él no lo sabía, le rodeaban con intención de evitar el escándalo.

—¡Por Dios, Jesús! —suplicó *la Faroles*, cogiendo la silla que ya *el Rizos* tenía en alto.

—Hombre, ha sido una broma —repuso *el Frescales*. —Yo no he venido aquí con ninguna intención... Si hubiese sabido que t'iba á molestar...

—Sobre que yo, á lo que he venido aquí —añadió Trini, señalando á *la Faroles* —ha sido á darle un recaó á esa señora.

—¿A mí?... Pues usted dirá.

Ayuntamiento de Madrid

—Que m'han dicho que esta usted mu bien con mantón de Manila y quiero ponerle uno en la cara pa que no presuma usted más con los hombres.

—¡Mentira!—gritó Carmen, queriendo avanzar hacia Trini, pero todos la sujetaron.

—Aquí, no; en la calle...

—Pues pa luego es tarde...

—Tú no ties que salir á ninguna parte—dijo Jesús á la *Faroles*, pues como era la que él creía menos segura, conveniale defenderla. Trini fué á salir, pero la sujetaron también—. No, dejarla, sí no muerde...

Trini se volvió á Jesús, toda ira.

—Ya me las pagarás, ladrón... Y usted, señora, no s'apure, que no se irá usted sin lo suyo.

—¡Ay, qué miedo!—clamó la *Faroles* riendo burlonamente—. Cuando decida usted matarme, aviseme pa ponerme á bien con los santos, que yo soy mu católica. ¡Qué fiera de mujer!

—Vamos, señora—intervino el encargado, dirigiéndose á Trini—, no arme usted escándalo—y suavemente la empujó hacia la puerta.

—Y no te pongas heroica ni me vengas más á buscar á ninguna parte—añadió el *Rizos*—, porque yo á ti no te quiero pa ná, pero que pa ná, ¿te enteras?...

Miróla despectivamente de pies á cabeza, y acompañando la acción de un mohín de asco, escupió groseramente ante ella.

A la nueva humillación, el semblante de Trini palideció con la palidez de la tragedia, y brillaron sus ojos, humedecidos por dos lágrimas de rabia, que contuvo por el bien parecer.

Despechada por los desprecios que Jesús le había hecho delante de la gente, loca de celos y de rabia, dominada por la ira de su amor propio herido, en un momento de inconsciencia, empuñó el puñal que en su casa cogiera y que escondido llevaba entre la blusa. Irguióse con esa fuerza incontinente que tienen los débiles en los trances supremos y, de un empujón, arrojó lejos al encargado que se interponía entre ella y el *Rizos*.

—Tú te lo has ganao, hijo de mala madre—silbó con los labios sangrantes de mordérselos.

Nadie pudo impedirlo. Alargó Trini el brazo armado y la hoja de acero trazó en el aire una línea luminosamente trágica.

—¡Ay... m'ha matao!—gritó Jesús.

Llevóse las manos al lado izquierdo del pecho, vaciló un momento, tambaleándose en el estertor de la agonía y cayó de espaldas.

Carmen, espantada al ver herido al dueño de sus amores, se abalanzó á Trini para pegarla, pero la sujetaron y cayó en una silla privada de sentido.

Libres los que presenciaron la tragedia de esa quietud de terror que impone la muerte cuando pasa cerca de nosotros, agitábanse de un lado á otro, y en fuerza de querer estar en un mismo sitio, se tropezaban y se administraban pisotones y codazos. Rodaron por el suelo las sillas, tintineaba el cristal de copas y botellas, que se rompían en el mármol de las mesas, y á un tiempo mismo oíanse cien gritos de dolor, de rabia, de indignación, de miedo.

Rodearon unos á Jesús, que, estrábico el mirar, se le escapaba la vida en un débil alentar que le salía por la boca, contraída en una mueca macabra de dolor... Auxiliaban otros á Carmen, que permanecía inmóvil en el desmayo que le produjo el terror, y los demás sujetaban á Trini, que agitábase en convulsiones histéricas, lanzando sonoras carcajadas.

Cuando Trini, pasada la excitación, dióse cuenta del terrible trance á que la llevara su arrebató de despechada, desesperóse hasta casi dar en loca.

—¡Ay, mi Jesús, l'he matao!—gritaba Trini, abrazada al cuerpo de su amante, golpeándose contra el suelo.

Una camarera salió á la calle á pedir socorro. Sonó el pito del sereno; á poco dos hombres, seguidos de dos guardias, entraron en el café y, á la voz de «paso á la autoridad», rompieron el corro que se había formado.

Al ver en el suelo el cuerpo inerte de Jesús, se descubrieron. Un médico que había entre los presentes se prestó á reconocerle... Estaba muerto... La puñalada había atravesado el corazón... El mango damasquinado del puñal aparecía como un broche de oro que hubiera cerrado la vida del *Rizos*, y un hilo de sangre, corriéndole pecho abajo, tejía la macabra y roja sinfonía de la muerte.

Trini, pegada su cara á la del muerto, lloraba desesperadamente.

—¿Se sabe quién lo ha matado?—preguntaron los agentes.

Irguióse Trini adorablemente varonil.

—Yo, y bastante lo siento—dijo llorosa—, que le quería con toda mi alma... ¡Dios me perdone, pero lo merecía!

—Dése usted presa.

Los guardias la sujetaron cada uno de un brazo... Salieron, y calle adelante, envuelta en la negrura de la noche, entre dos guardias, seguida de la gente que comentaba el suceso, iba la Trini á pagar con toda una vida de presidio el haber querido una vez intensamente.

En la lejanía, un perro, venteando la muerte, dió al aire un macabro y agorero aullido.

*Diego Martín
del Campo*

COLEGIO DE SAN IGNACIO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Clases amplias é higiénicas; completo material de enseñanza; gabinetes de ciencias; gimnasio. Pídanse reglamentos: Se admiten internos.

Costanilla de los Angeles, 3, MADRID



GARRIDO

GRABADOR

Calle del Desengaño, 9

Casa acreditada y la más económica para sellos de caucho, bronce y chapas anunciadoras. Letras y cifras de plata y timbres.

HERALDICA

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro: á la primera fricción atenua el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas. **CINCO** el frasco



PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancura y firmeza, á la de incandescencia, por gasolina de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43, Madrid.

Es inexplosiva.

No produce humo ni olor.

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: :: CAPELLANES, 12 :: :: Precio fijo

ESCUELA MATRITENSE DE ESTUDIOS SUPERIORES DE LA FACULTAD DE DERECHO

FUNDADA EN 1895

ÚNICO CENTRO DE ENSEÑANZA SUPERIOR INCORPORADO Á LA UNIVERSIDAD CENTAL

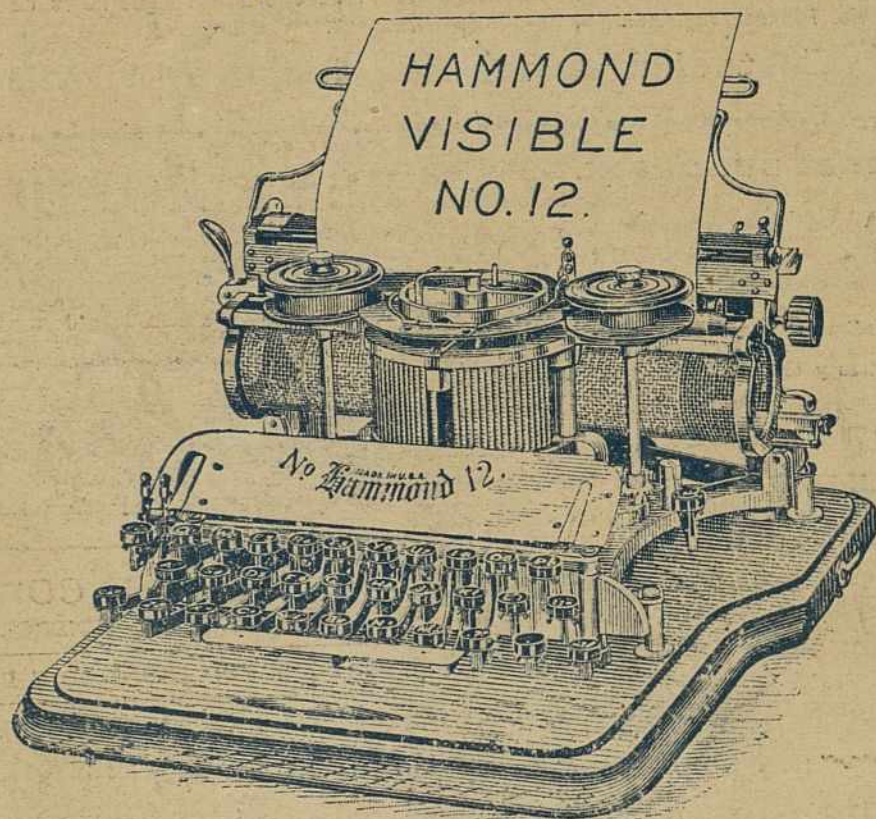
Preparación por sistema especial de enseñanza mediante el trabajo realizado en las clases, complementado por apuntes-extractos de las explicaciones del Profesor oficial, y división de las clases en secciones, atendiendo al aprovechamiento y aplicación de los alumnos.

Planes abreviados para obtener el Título de Abogado en tres y cuatro años, y de grupos especiales de asignaturas formados para cada convocatoria, mediante los cuales puede obtenerse en brevísimo tiempo. Para Junio próximo se han establecido, entre otros, los siguientes grupos de asignaturas: PRIMERO. Para los alumnos que comiencen la carrera: las tres asignaturas del Preparatorio y las del primer año de Facultad.—SEGUNDO. Para los que tengan aprobado el Preparatorio: las asignaturas del primero y segundo año de la carrera.—TERCERO. Las asignaturas de tercero y cuarto año.—CUARTO. Derecho penal, Hacienda, Civil 2.º, Internacional privado, Mercantil y Procesales.—Los alumnos que empiecen la carrera pueden aprobar, mediante este plan de grupos, tres años de la misma en el curso próximo.

Todo género de garantías sobre el buen resultado.—Matrícula de Honor en todas las convocatorias.—Preparación por apuntes á los alumnos de provincias.

Pídanse Reglamentos: **SAN BERNARDO, 85, MADRID**

Las máquinas de escribir



HAMMOND

SON LAS MÁS SÓLIDAS, DE MÁS RESISTENCIA
Y MÁS PERFECCIONADAS DE CUANTAS EXISTEN

Escritura completamente á la vista.—Cintas de dos colores.—Cambio instantáneo de carácter de letra é idioma.—Las únicas con tecla de retroceso.—Las únicas que no pueden desalinearse.—Las únicas de impresión automática

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Agente concesionario: RAMIRO GARCIA SUAREZ
MADRID: Carrera de San Jerónimo, 30.—BARCELONA: Fernando, 49

Novedades norteamericanas y muebles para escritorio

Imprenta Artística Española.—San Roque, 7, Madrid.